

## EL SOGATAZO

Lidcay Herrera Isla

Universidad Central de Las Villas, Santa Clara, Villa Clara

Corría el mes de mayo de 1972, y con los primeros días se auguraba un verano cálido y lluvioso. La Universidad Central, a través de su Facultad de Ciencias Agropecuarias, tenía en las áreas del complejo arrocero del Sur del Jíbaro, en el sureste de la antigua provincia de Las Villas, una estación experimental del arroz donde se realizaban trabajos e investigaciones relacionadas con este cultivo, principalmente sobre genética y variedades, fertilización, riego y sanidad vegetal.

La campaña de julio de ese año se había atrasado en sus inicios por motivo de la preparación del suelo, por lo que aún no se había comenzado la cosecha, con los campos entre las fases fenológicas del cambio de primordio y paniculación. Ya ese año se habían sembrado en escala comercial varios miles de hectáreas de las mundialmente conocidas variedades semienanas tipo IR, procedentes del IRRI en Filipinas, y que conformaron, junto con el trigo y el maíz, la conocida Revolución Verde que resultó en variedades de altísimo poder de rendimiento. Dentro de ese grupo se introdujo de México una variedad conocida como IR-160 o Milagro de Sinaloa, que en las parcelas experimentales había mostrado un elevado rendimiento agrícola y una buena calidad del grano. Los primeros brotes de hoja blanca, conocida también por raya blanca en aquel entonces, fueron detectados en los últimos días de enero en los campos 41 y 42 de la zona de Mapos. Luego de analizar entre la dirección técnica de la empresa y las dudas que se tenían sobre la certeza de que se trataba en realidad de la ya olvidada virosis, se mandó a llamar a Alfredo Gutiérrez, especialista en protección de plantas del Grupo Nacional de Arroz. El 31 de enero un grupo de cinco especialistas, incluyendo un técnico de la empresa, llegó a la conclusión de que dichas anomalías correspondían a los síntomas que produce el virus de la hoja blanca en el arroz. La presencia del vector de la hoja

blanca, el delfácido *Sogatodes orizicola* Muir, fue informado por vez primera en Cuba por Zayas, en 1945, en la zona de Vertientes, Camagüey, y confirmada por Bruner en la antigua Estación Experimental Agronómica de Santiago de las Vegas. Osorio, en 1945, informa los primeros síntomas de la enfermedad en Cuba.

Desde las primeras observaciones de esta enfermedad, que datan de 1935 en Colombia, hasta 1957, numerosos agentes transmisores fueron responsables de la diseminación de este virus, hasta que en diciembre de este último año un cubano prominente, una de las glorias de las ciencias agrícolas de nuestro país, Julián Acuña Galé, demostró, junto con varios colaboradores que el insecto *Sogata oryzicola* era el vector de la virosis conocida como hoja blanca.

Como datos destacables en aquellas conclusiones se resaltan la baja densidad de plantas, falta de agua y elevada infestación de malas hierbas. Como algo relevante, las plantas que no eran de la variedad IR-160 –resultado de las mezclas– no tenían síntomas. Se calculó un 60% de infestación y en la cosecha ambos campos tuvieron rendimientos de 269 y 428 q/cab, de un estimado de 800 para cada uno.

Como producto de este descubrimiento se tomó un grupo de medidas, cuyo eje central consistió en un plan preventivo de seis aplicaciones de insecticidas hasta los 70 días de germinado el arroz, pues ya a finales de febrero se tendrían unas 578 caballerías germinadas. Las aplicaciones de insecticidas «preventivos» incluían productos como malathión, dimecrón y toxafeno, a razón de 15-30 L/cab. Este plan de aplicaciones consumió alrededor de 100 tm de estos insecticidas, lo que constituyó realmente una agresión ecológica de gran envergadura a esta zona.

El Grupo Nacional de Arroz, estructura que tenían en diferentes cultivos adscritos al INRA en aquel enton-

ces, era dirigido por el incansable trasnochador Miguel Rodríguez Mayea, que el año entero recorría las plantaciones arroceras de todo el país en los dos períodos críticos de cultivo, el inicio de las siembras y de la cosecha. En su recorrido habitual de 1972 y en dirección a Oriente, Rodríguez Mayea detectó en los campos arroceros del Sur del Jíbaro la aparición de una costra negruzca (fumagina) sobre las plantas en proceso de paniculación o ya paniculadas, unida a una coloración blanco-amarillenta de las hojas, y principalmente de la hoja bandera. La población del insecto *Sogatia oryzicola* Muir (hoy *Tagosodes*) era en extremo elevada. Sin dudar dos veces, Miguel Rodríguez Mayea interrumpió su recorrido y regresa a La Habana para comunicarse con Raúl Curbelo, que fungía como presidente del INRA, no sin antes tocar a la puerta de Faustino Pérez, delegado del Buró Político para la región especial de Sancti Spíritus por aquel año. El primer secretario del partido en la provincia de Las Villas, Arnaldo Milián Castro, se encontraba en el exterior como miembro de una delegación presidida por Fidel que recorría varios países africanos.

El viernes 12 de mayo, en horas de la tarde, un auto llega a mi casa manejado por un oficial del MININT que me comunica que tiene la misión de recogerme, junto con Gómez Sousa, para trasladarnos a la ciudad de Sancti Spíritus, donde nos esperan.

Durante el viaje tanto Gómez Sousa como yo tratamos de indagar sobre los motivos del viaje, pero nuestro interlocutor sólo se limitaba, con muy pocas palabras, a decirnos que los del INRA necesitaban de nuestros servicios. Al llegar, ya entrada la noche, fuimos informados sobre la situación existente, y que deberíamos salir al otro día en la mañana hacia la arrocería. Con los primeros rayos del sol estábamos en las áreas de la arrocería del Sur del Jíbaro. Luego de un breve intercambio de opiniones nos dirigimos hacia los arrozales. El espectáculo era realmente aterrador, pues sobre las famélicas y amarillentas plantas de arroz una masa negruzca (fumagina) cubría la casi totalidad del área foliar, y una nube de insectos revoloteaban abundantemente sobre ella. Sobre la lámina de agua flotaban los exubias o mudas de las incontables generaciones del insecto que se sucedieron en un breve espacio de tiempo y en número sin precisar. Muy pocas plantas mostraban la inflorescencia (panícula) expandida, pues en la mayoría estaba abortada en el ápice y todas en florecillas necrosadas y negras. La pérdida de la producción de granos se calificó de total.

Estuvimos varios días recorriendo la arrocería junto con otros especialistas en diversos medios: caballos, yipi, avionetas de fumigación u otras, para valorar la magnitud del desastre y cuantificar las pérdidas.

Al cuarto día de nuestra presencia en el área del complejo, se personó el ministro del Interior, Sergio del Valle, con un equipo de investigadores, peritos del propio

ministerio. El primer aspecto por dilucidar fue centrar un diagnóstico preciso sobre la enfermedad presente en el arroz. Nuestro primer criterio fue hoja blanca. Las razones que nos apoyaban se basaban en las características de los síntomas (clorosis parcial o total de la lámina foliar, y con frecuencia, albinismo en dichas áreas), excesiva población del insecto *Sogatia oryzicola* Muir y fundamentalmente la alta capacidad destructiva mostrada por dicha sintomatología.

Se creó un pequeño laboratorio en el propio poblado del Jíbaro, donde laboramos Gómez Souza como entomólogo y yo como fitopatólogo. Se construyeron aulas entomológicas, se adquirieron macetas para cultivar plantas, tubos de ensayo para la cría de insectos y toda una serie de utensilios propios para realizar una labor de pesquaje y búsqueda. Durante varios días pudimos demostrar la naturaleza infecciosa de la enfermedad, su transmisibilidad a través del insecto *Sogatia oryzicola*, y paralelamente del ministerio realizaron entrevistas, inspecciones y numerosas comprobaciones entre los técnicos de la empresa y nosotros para conocer el nivel de conocimientos que poseían ellos sobre el problema presentado. Es destacable que un grupo importante de los técnicos y dirigentes de la arrocería no habían visto jamás una sintomatología sobre el arroz, como la que se observaba por aquellos días, ni un nivel de destrucción de la planta, como la que ocurría sobre la arrocería del Sur del Jíbaro. Desde ese entonces se comenzó a utilizar el vocablo *sogatazo*, bautizado así por la sabiduría popular y el gracejo dicharachero de los cubanos. El sogatazo constituyó en aquel entonces el desastre natural más devastador producido por una enfermedad parasitaria en la historia de la agricultura cubana de todos los tiempos.

Transcurrieron dos semanas de arduo trabajo en las cuales realizamos diversos ensayos y pruebas para delimitar la naturaleza viral de aquellos síntomas, y finalmente elaboramos un informe detallado sobre lo ocurrido, informe que finalmente se imprimió como folleto y que recogía aspectos sobre el vector y la enfermedad, así como diversas cuestiones sobre la arrocería del Sur del Jíbaro, las labores agrotécnicas realizadas, y en especial el plan de defensa fitosanitario.

Al final de este período fuimos citados Gómez Sousa y yo a una casa en las afueras de la ciudad de Sancti Spíritus en la carretera a Trinidad, cerca de la zona de Baño, donde nos aguardaba el ministro del Interior para discutir detalladamente todos los pormenores del informe. En la tarde regresamos de nuevo a Santa Clara. Tres días después recibíamos una llamada del Grupo Nacional de Arroz, donde nos informaban que seríamos recogidos al día siguiente para trasladarnos a La Habana. Al llegar al día siguiente al edificio de dicho grupo, nos esperaba Raúl Curbelo, presidente entonces del INRA, quien nos informó que iríamos al Palacio de la Revolución para exponer al Presidente de la República, Osvaldo Dorticós Torrado, todo lo rela-

cionado con el sogatazo. Llevamos con nosotros varias muestras de plantas enfermas, así como insectos vivos en tubos de ensayo. Al entrar a un salón sobriamente amueblado apareció el presidente, vistiendo un sencillo uniforme de miliciano. Al saludarnos, nos invitó a sentarnos junto a él y de una forma sencilla y sin tensiones, fuimos explicándole, tanto Gómez Sousa como yo, todo lo relacionado con la enfermedad y su vector.

Como anécdota simpática de aquella inusual exposición, al destapar uno de los tubos que contenían varios ejemplares del insecto, estos salieron y comenzaron a caminar sobre la mesa y el presidente con sus manos intentó darles caza, hasta que finalmente fueron devueltos de nuevo a los tubos. Terminada nuestra exposición el presidente comenzó una pausada y aleccionadora exposición sobre cómo debía manejar un dirigente de la revolución los asuntos que son de su responsabilidad. Los allí presentes escucharon en absoluto silencio y con cierta vergüenza cómo de una forma clara y muy sencilla el Presidente de la República impartía una lección de abnegación, responsabilidad, y entrega. Al finalizar la reunión, el compañero presidente se dirigió a sus dos asesores de la JUCEPLAN allí presentes y les preguntó qué cantidad de dinero hacia falta para comprar en el exterior el arroz que se había perdido en el Sur del Jíbaro. La respuesta fue: seis millones, compañero presidente. Entonces él dejó una pregunta en suspenso: ¿a quién o a qué le quitaremos ese dinero, puesto que al pueblo no podemos dejarle de suministrar arroz? Al concluir la reunión todos salimos convencidos de que lo ocurrido en la arrocería espirituaña había sido un golpe muy duro a la economía de la nación. Como parte de las soluciones y medidas que se adoptaron de aquella situación, fue la de enviarme a la Unión Soviética con muestras de plantas enfermas y sanas de arroz para ratificar la naturaleza viral de la enfermedad.

En los dos días previos a mi viaje realicé una búsqueda exhaustiva con todo lo relacionado con el complejo hoja blanca-sogata y, dentro de ella, tuve el altísimo privilegio de ser recibido en su hogar de Santiago de las

Vegas por Acuña Galé. Con su salud quebrantada y sin posibilidades de moverse por sí solo, amablemente nos concedió casi dos horas durante las cuales nos relató todo lo concerniente a sus investigaciones sobre la enfermedad y su vector, detallando los pormenores de aquellos estudios que, como es sabido, condujeron a determinar el papel de vector del insecto *Sogata oryzicola* de la virosis hoja blanca. A las pocas semanas de aquella entrevista, Acuña Galé falleció fuera de Cuba. Fuimos nosotros probablemente las últimas personas a las que él les concedió una entrevista científica. Toda la conversación quedó grabada, y se conserva hasta el presente sus pormenores.

En los primeros días de agosto viajé hacia Moscú, donde fui recibido por el viceministro de Agricultura, que fungió como anfitrión de mi estancia en dicho país; posteriormente me trasladé al Instituto de Investigaciones de Sanidad Vegetal en Leningrado, el mejor del país, para realizar los estudios pertinentes. Luego de una semana de trabajo regresé a Cuba con las evidencias necesarias que confirmaban que fue la hoja blanca la enfermedad que devastó las arroceras del sur de Sancti Spiritus. A finales de agosto de aquel año se realizó una reunión para dejar definitivamente esclarecidos todos los pormenores de lo ocurrido. Fue presidida por Arnaldo Milián Castro. Las responsabilidades de cada cuadro fueron claramente delimitadas, y tanto Faustino Pérez, como Ovidio Díaz, director de la Empresa Arrocería del Sur del Jíbaro, asumieron con entereza admirable toda la responsabilidad de lo ocurrido.

Terminaba así el primer episodio de la primera catástrofe agrícola producida por enemigos naturales de las plantas en la historia de Cuba. El sogatazo constituyó la primera evidencia de cómo un microorganismo y un insecto son capaces de destruir cantidades incalculables de alimentos, y enseñó la amarga lección de cómo el hombre debe mantenerse siempre vigilante ante los innumerables enemigos que en la naturaleza acechan constantemente a las plantas que sirven de sostén a la humanidad.